DONDE MÉNOS SE PIENSA...

ZARZUELA EN UN ACTO

POR

D. JOSÉ VILLAR SANCHEZ.

MÚSICA

DE D. SILVERIO LOPEZ DE URIA.

La primera representacion tuvo lugar en el coliseo de S. Fernando, el 16 de Enero de 1870.

SEVILLA.

Imp. de GIRONÉS Y ORDUÑA, Lineros 2.
1870.

8 or

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. LORRAS

N.º de la procedencia
2732.

DONDE MÉNOS SE PIENSA...

Esta obra es propiedad de su autor, quien perseguirá ante los tribunales al que la reimprima ó represente sin su permiso.
Queda hecho el depósito que marca la Ley.
Todos los ejemplares llevarán la firma del autor y una contraseña particular.

José Villartanchez

DONDE MÉNOS SE PIENSA...

ZARZUELA EN UN ACTO

POR

D. JOSÉ VILLAR SANCHEZ.

MÚSICA

DE D. SILVERIO LOPEZ DE URIA.

La primera representacion tuvo lugar en el coliseo de S. Fernando, el 16 de Enéro de 1870.

SEVILLA.

Imp. de Gironés y Orduña, Lineros 2.
1870.

REPARTIMIENTO.

Personajes.	Actores.
JULIA.	SRA. D.ª ENRIQUETA TODA.
FAUSTO.	SR. D. JULIAN GIMENO.
LUIS.	SR. D. MODESTO LANDA.
TOMASA.	SRA. D.ª DOLORES CUSTODIO.
FEDERICO . . .	SR. D. FELIPE CABALLERO.
MERCEDES. . .	SRA. D.ª NATALIA GONZALEZ.
ANTONIO. . . .	SR. D. FRANCISCO PASTOR.
JOSÉ.	SR. D. MIGUEL TORMO.

La accion pasa en Sevilla.

ACTO ÚNICO.

Sala amueblada: puerta de entrada al fondo; otra á la derecha del espectador; ventana á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

JOSÉ, de blusa azul y delantal, concluye de limpiar con un plumero los muebles.

Ea; yá todo está limpio y arreglado. Parecen las habitaciones una tacita de plata acabada de salir de manos del artista. Les digo á ustedes que unas manitas primorosas no pueden apreciarse en todo lo que valen; y si nó, aquí están las mias, que, á Dios gracias, sirven lo mismo para un cocido que para un guisado. Mi señorito está loco de contento conmigo, por lo mismo que conoce el mérito de mi personita. Pues nó que nó; un criado como yó no se encuentra así como se quiera. Por supuesto, que yo tambien debo darme por muy dichoso en servirle, porque es el jóven más amable que he visto en los dias de mi vida. Nunca repara si esta silla está bien ó mal puesta; si la comida está picante ó salada, si..... Vamos, con decir á ustedes que jamás me ha regañado, está dicho todo. Ahora le veo apurado, sin duda porque su señor tio no le envia di-

721757

nero con la frecuencia que ántes; y una prueba de ello es el maldito sastre, que de vez en cuando viene con la dichosa cuentecita. Hoy, como es sábado, no dejará de presentarse, y..... ¡ay! si yo pudiera..... Pero más vale no pensar en ello; yá se vé, somos tan *frígiles*.....

«Me gusta con las mujeres
conversar;
y despues de mis quehaceres
retozar;
que yo soy para la casa,
bien se deja conocer,
la persona más precisa
cuando falta la mujer.
Lavar, planchar,
coser, bordar;
y si alguna vez se ofrece,
tambien me gusta bailar.
La saracita *(bailando)*
y el tulipan,
que con sus vueltas
mareos dán.
La saracita
y el *tulipen,*
que dán mareos
con su vaiven.»

Pues señor, hemos concluido con el plumero; ahora vamos á la cocina *(llaman)*. Yá está ahí mi señorito. Voy en seguida!

ESCENA II.

JOSÉ y LUIS.

LUIS. (*Con precipitacion*). ¡José! ¡José!
JOSÉ. ¡Señorito...!
LUIS. En seguida, pronto, arregla mi equipaje.
JOSÉ. ¿El equipaje...?

LUIS. Sí, hombre, sí; el equipaje: ¿de qué te asombras?

JOSÉ. Señorito... yo...

LUIS. Anda, muévete; pero al vapor, ¿entiendes?

JOSÉ. Voy, señorito, voy.

ESCENA III.

LUIS.

¡Ah! esto es horrible, es atroz. Unos nacen con estrella y otros estrellados. Por desgracia pertenezco al número de estos últimos. La culpa la tiene el dinero; ese semi-dios del siglo en que vivimos; ese nuevo Jano de tres caras, que tanto codiciamos en este pícaro mundo. ¡José! (*Llamando.*)

JOSÉ. (*Dentro.*) ¡Señorito!

LUIS. Aligera, hijo, aligera: ¡ay! nunca he tenido tanta prisa como ahora; es preciso, indispensable mudar de habitacion, á fin de que cuando llegue mi tio para proporcionarme, segun habrá creido, una agradable sorpresa, se encuentre con cara de palo. Si yo encontrase un medio.... Pero cá; ántes se me ocurrian las ideas más peregrinas para salir de cualquier apuro, y ahora, por desgracia, ni una sola se me presenta. (*Medita.*) ¡Ah, qué fortuna!

ESCENA IV.

LUIS y JOSÉ.

JOSÉ. (*Entrando con un saco de noche y una sombrerera.*) ¿Señorito...?

LUIS. Mira, vuelve á dejar todo como estaba.

JOSÉ. ¿Pues no me dijo usted...?

LUIS. Sí; pero he recibido contraórden: ven acá, José; ¿conoces á la criada de la casa de enfrente?

JOSÉ. Sí, señor.

LUIS. Pues bien; es preciso que vayas por ella.

JOSÉ. ¿Yo?

LUIS. Sí, tú: ¿de qué te admiras?

JOSÉ. Es que yo no sé si querrá venir.

LUIS. Oblígala: ¿no eres su novio?

JOSÉ. ¿Yo su novio? Vaya, señorito, usted se chancea.

LUIS. Para bromitas estamos; anda, José, vé por ella, y cuenta con una buena recompensa.

JOSÉ. ¿Y si no quiere venir?

LUIS. Entónces busca una mujer cualquiera; pero pronto, ¿oyes? porque estoy comprometido.

JOSÉ. ¿Y para qué es esa mujer?

LUIS. Para esposa mia. Te doy de término un cuarto de hora; si pasado este tiempo te presentas sin ella, te corto una oreja ó te echo á la calle por esa ventana. Conque... al avío.

JOSÉ. ¡Ay, Dios mio, qué apuro! yo metido á corredor de mujeres: ¡carape, carape!

ESCENA V.

LUIS.

Estoy temblando como un azogado. Cerremos la puerta por si acaso. (*Cierra la del fondo.*) Desde aquí (*abriendo la ventana*) se divisa perfectamente la vía. *(Se oye el silbido de la locomotora.)* ¡Vírgen del Cármen! yá está ahí la locomotora. Pobre de mí, que voy á ser víctima de las iras, de las justas iras de mi tio: ¡ah! este es el resultado de la desobediencia á nuestros mayores. Y que no tiene vuelta de hoja; conozco perfectamente el carácter de mi tio, y sé que será implacable. *(Llaman.)* ¡Cáspita! ¿será él? ¡valedme, Cielo santo! ¡Dadme valor!

ESCENA VI.

LUIS, TOMASA y FEDERICO.

FEDER. (*Dentro.*) ¡Luis! ¡Luis!

LUIS. ¡Ah, respiro! Es mi amigo Federico. (*Abre.*)

FEDER. Muy buenos dias, Luis.

TOMASA. Adios, Luisito.

LUIS. Sean ustedes bien venidos.

FEDER. ¿Qué es eso...? ¡Estás pálido!

TOMASA. ¿Le ha dado á usted algo...?

LUIS. Gracias, señores; no es nada. Tomen ustedes asiento.

FEDER. Nó, pues á tí te pasa algo...

LUIS. No merece la pena.

FEDER. Nada, chico, si verdaderamente me estimas, díme lo que te sucede. (*Se sientan.*)

LUIS. Pero...

TOMASA. Nada de peros; franquéese usted con nosotros.

LUIS. Pues bien, señores: estoy comprometido; horriblemente comprometido. Yá saben ustedes que mi tio Fausto suele enviarme con frecuencia dinero para mis gastos...

FEDER. ¡Yá! es cosa de dinero; pues chico, lo siento mucho; yo tambien estoy apurado; vámonos, Tomasa.

LUIS. Nó, hombre, nó; es peor que eso.

FEDER. ¿Peor dices? No comprendo que haya cosa más atroz que no tener dinero.

TOMASA. ¡Ay! es lo más cruel.

LUIS. Pues la hay, señores, la hay; si ustedes me dejan concluir...

FEDER. Continúa.

LUIS. Como generalmente suele uno gastar más de lo que debe, tuve la maldita humorada de decirle á mi tio que me he casado.

FEDER. Pero, hombre de Dios...

LUIS. Aguarda y verás: hará cosa de media hora que me encontré un amigo que ayer llegó del pueblo, y me dijo que mi tio llegaria hoy á Sevilla, porque su hija se ha puesto enferma; y como es natural, dentro de breves momentos le tendrémos aquí.

TOMASA. ¡Qué apuro!

LUIS. Eso mismo estoy diciendo hace una hora; ¡qué apuro! y ¿cómo salgo de este pantano?

FEDER. En verdad que la cosa es más grave de lo que yo pensaba.

LUIS. Señora, yo confio en usted.

TOMASA. ¿En mí...?

LUIS. Sí, señora, en usted: las mujeres en estos casos saben más que los hombres; cuando se encuentran en algun lance apurado, buscan unas salidas tan ingeniosas y tan...

FEDER. Efectivamente: tienes razon; y haces bien en consultar á mi Tomasa, que tiene talento para todo.

TOMASA. Pues en esta ocasion nada se me ocurre: ¡ah! sí... nó... deje usted...

LUIS. Tengo el alma en un hilo.

FEDER. Cállate: deja que mi mujer piense.

TOMASA. Sólo encuentro un medio.

LUIS. }
FEDER. } ¿Cuál...?

TOMASA. ¿Tiene usted confianza bastante con alguna mujer, para proponerla por un momento finja ser su esposa?

LUIS. Esa es mi agonía, señora: esa es mi agonía. Carezco de suficiente intimidad para exigir un favor tan grande; pero si usted fuese tan buena, tan bondadosa, tan...

TOMASA. ¡Yó!! caballero...?

FEDER. Vamos, Luis, tú deliras.

LUIS. Por Dios, señores, no me abandonen ustedes.

TOMASA. Vámonos, Federico, vámonos á casa. Caballero, beso á usted la mano.

LUIS. Pero vea usted, señora...

FEDER. Adios, chico: que te alivies.

TOMASA. Pues no faltaba más...

ESCENA VII.

LUIS.

Pues señor, bueno está: fíese usted de amigos, y cuando sobrevenga un apuro recurra usted á ellos.

Por una parte me alegro, porque si mi tio me viera con una mujer tan fea como esa, no me dejaba hueso sano. ¡Las diez! (*Mirando el reloj.*) Nada: no hay más remedio que aguantar la paliza *ache.* Pero señor, ¿tantas mujeres como hay en el mundo, y que ahora no aparezca ninguna? Esto es para desesperarse. (*Llaman.*) ¡Cielos! ahora sí que es la gorda. (*Abre.*) ¡Voto al chápiro! el sastre y su mujer: ¡Dios me dé paciencia!

ESCENA VIII.

LUIS, MERCEDES y ANTONIO.

MERC. / ANT. } Muy buenos dias, señor don Luis.

LUIS. Sean ustedes bien venidos; tengan ustedes la bondad de tomar asiento.

ANT. Muchas gracias: tenemos que irnos en seguida.

LUIS. (¡Dios te oiga!) ¿Qué prisa tienen ustedes...?

MERC. ¡Ay, sí señor! Vamos recorriendo los marchantes que nos deben algunos picos.

LUIS. (No tienes tú mal pico.)

ANT. Y como hoy es sábado...

LUIS. Ciertamente; pero ustedes me dispensarán hasta dentro de dos ó tres dias, que es cabalmente el tiempo que necesito para saldar ese pequeño apunte.

ANT. ¿Y no puede usted darnos algo á cuenta?

LUIS. (¡Ah, qué idea!) Sí, señor, sí; siempre que ustedes se tomen la molestia de aguardar media hora, no más que media hora; mi criado ha salido á cobrar una letra.

MERC. Sí señor, ¿por qué nó? Nos hace tanta falta, que aguardariamos aunque fuese hora y media.

LUIS. Muchas gracias por el favor; pero usted, maestro, no necesita molestarse; me parece más conveniente que siga usted recorriendo los parroquianos y vuelva dentro de media hora por su señora, que puede

quedar aquí hasta tanto que mi criado venga con el importe de la letra.

MERC. Don Luis tiene razon: véte tú, que yo me quedo esperando.

LUIS. Eso es; y aprovecha usted el tiempo.

ANT. En ese caso, hasta luégo.

LUIS. Vaya usted con Dios, maestro: tenga usted la bondad de sentarse, señora.

MERC. Muchas gracias. *(Se sienta.)*

LUIS. *(Cerrando la puerta,)* Lo que es ésta no se me escapa.

ESCENA IX.

MERCEDES y LUIS.

LUIS. Doña María...

MERC. Mercedes, para servir á usted.

LUIS. ¡Ah! perdone usted la equivocacion: ¡tengo tan mala memoria! Pues... Doña Mercedes: me han dicho que usted es modista.

MERC. Sí, señor; y de las más acreditadas.

LUIS. Por manera, que si yo suplicára á usted me hiciera una docenita de camisas, no tendria usted inconveniente, ¿verdad?

MERC. Ninguno; al contrario, me favoreceria usted mucho.

LUIS. ¿De véras? Pues entónces, si á usted no la es molesto tomarme la medida...

MERC. Á mí, ¿por qué? ¿Tiene usted ahí un hilo?

LUIS. Voy á ver si lo encuentro: ¿sirve una cinta?

MERC. ¡Yá lo creo! démela usted: vamos á ver, ¿cómo quiere usted el cuello?

LUIS. Ántes dígame usted cuál es la moda.

MERC. Se lleva de várias formas: de foque, descotado, largo, de punta redonda...

LUIS. ¿Cuál le gusta á usted más?

MERC. Á mí, el de punta redonda.

LUIS. Bueno, bueno.

MERC. ¿Y la pechera?

LUIS. La pechera... ¿conque la pechera, eh? yo quisiera una... de... de...

MERC. ¿De violin?

LUIS. ¡Ay, hija mia! no entiendo la música.

MERC. ¿Al minuto?

LUIS. Eso es muy ligero.

MERC. ¿De jaretita? ¿lisa?

LUIS. Lisa nó, de ningun modo.

MERC. Entónces, tabla ancha, estrecha...

LUIS. Sí, sí, eso es: estrecha.

MERC. ¿Apretadita de lados?

LUIS. Indispensablemente.

MERC. Muy bien: será usted servido; los puños anchitos, con dos ojales.

LUIS. ¡Ah! eso desde luégo.

MERC. ¡Jesús, qué cabeza la mia! yá se me olvidaba entregar á usted la cuentecita de lo atrasado.

LUIS. (Te veo.)

MERC. Tome usted.

LUIS. *(Repasando la cuenta.)* Doscientos reales justos, es lo que resto, ¿no es verdad, doña María?

MERC. Mercedes, para servir á usted.

LUIS. ¡Ah! perdone usted nuevamente la equivocacion: si usted supiera lo que me está pasando, no lo extrañaria.

MERC. Como no tengo confianza..!

LUIS. Puede usted tomarla desde luégo; y en prueba de ello voy á ser franco con usted. Yo tengo un tio, de quien dependo, y todos los meses me envia una letra, para con su importe cubrir mis atenciones; pero como los jóvenes solemos gastar más de lo que se nos asigna, resulta que yo le dije á mi tio que me he casado, y que tengo algunos hijos.

MERC. ¿Y su tio de usted?

LUIS. Entrará por esa puerta dentro de breves instantes.

MERC. Y usted, ¿qué piensa hacer?

LUIS. Yó, señora, ¿qué quiere usted que haga? Suplicarla

de rodillas que me salve de este apuro. (*Se prosterna, dejando caer la cuenta.*)

MERC. ¿Yó?

LUIS. Sí, usted.

MERC. ¿Y cómo? Pero levántese usted, don Luis.

LUIS. Muy fácilmente: fingiendo ser mi esposa.

MERC. Pero yó... mi marido... ¡Jesus, qué compromiso!

LUIS. Por eso no se apure usted: mi tio quizás no esté aquí más de un cuarto de hora, y además, que yo discurriré algun medio para que se vaya en seguida.

MERC. Pero, don Luis...

LUIS. Por Dios y por María Santísima, no me abandone usted: considere usted que mi tio me molerá á palos; que me privará de recursos, y que entónces no podré pagar lo que debo á usted.

MERC. Pero señor, ¿y los niños?

LUIS. ¿Qué niños?

MERC. ¿Pues no le dijo usted á su tio que tiene hijos?

LUIS. ¡Ah, es verdad! pero eso no importa: yá lo arreglarémos.

MERC. ¿Y si pregunta por ellos... si desea verlos?

LUIS. Iré... al hospicio y le traeré cuantos quiera.

MERC. ¿Y si mi marido viene entretanto?

LUIS. No se inquiete usted; abrirémos esta ventana; desde aquí se domina perfectamente la calle; yá vé usted que podemos divisarle... ¡cielos!!

MERC. ¿Qué sucede?

LUIS. Mi tio y su hija vienen hácia aquí; acérquese usted; esa pareja...

MERC. Yá los veo.

LUIS. Yá entran; venga usted señora: aquí, en este gabinete. (*Señalando el de la derecha.*)

MERC. ¡Dios mio, qué enredo!

LUIS. Pronto, pronto (*llaman*); yá están ahí: no salga usted sin que la llamen. (*Yendo á abrir la puerta.*) Dios quiera que todo salga bien: ahora, valor y aplomo.

ESCENA X.

LUIS, FAUSTO y JULIA.

LUIS. ¡Querido tio! ¡prima mia! (*Abrazándolos.*)

FAUSTO. ¡Eh! basta; basta de abrazos: á mí dáme cuantos quieras, pero no así á mi hija.

JULIA. Mire usted, papá, que yo no me disgusto.

FAUSTO. Nada, nada: tu primo es un hombre casado.

LUIS. Yo creo que entre primos es muy natural...

FAUSTO. Al contrario, artificial; no me gusta repetir las cosas.

LUIS. Obedezco, tio.

FAUSTO. No me digas tio; llámame como cuando estabas á mi lado: tiíto.

JULIA. Pero papá, Luis ha pasado yá de aquella edad, y no es un niño.

FAUSTO. No importa: es perjudicial alterar las buenas costumbres: toma; bésame la mano si es que todavía no me has perdido el respeto. (*Sentándose.*)

LUIS. Obedezco, tiíto. (Por lo que veo sigue todavía con sus fastidiosas manías.)

FAUSTO. ¿Y tu mujer?

LUIS. Mi mujer... tan buena: gracias.

FAUSTO. Si no es eso lo que te pregunto, hombre: ¿en dónde está?

LUIS. Voy á presentársela á usted.

FAUSTO. Quieto, quieto; luégo la verémos.

LUIS. Obedezco, tiíto.

JULIA. ¿Y los niños?

LUIS. (Me partió.) Los niños... de paseo.

JULIA. ¿Pues cómo?

LUIS. Te diré... un amigo mio se empeñó hace un rato en llevárselos en su carruaje, y, francamente, no podia negarme.

FAUSTO. Oye: ¿y cuántos asientos tiene ese carruaje?

LUIS. Cuatro.

FAUSTO. ¿Y sólo en cuatro asientos caben todos?

LUIS. ¡Si son muy pequeñitos...!

FAUSTO. Apuesto cinco duros y un queso de Flandes á que ván estivados como arenques.

JULIA. ¡Angelitos!

LUIS. No se alarmen ustedes; nada les sucederá. (¡Ay! ¡si Dios quisiera que se fueran pronto!) Ustedes se quedarán aquí, ¿no es verdad?

FAUSTO. ¿Pues dónde estaríamos mejor? El estado de esta niña requiere sumo cuidado, y en las casas de huéspedes todo es ruido. Te advierto que mañana nos vamos, porque no he venido más que á una consulta de médicos.

JULIA. Papá, quedémonos algunos dias más.

LUIS. (¡Yá estoy sudando!)

FAUSTO. No puede ser: las cosas requieren actividad: y tanto es así, que ahora mismo voy á casa del doctor Palacios, para que venga en seguida á verte: ¿qué papelucho és este? (*Recogiendo la cuenta del sastre.*)

LUIS. (Yá me cayó el premio gordo.)

FAUSTO. ¡Qué barbaridad! Doscientos reales por la hechura de un gaban; pero, hombre, ¿estás en tí?

LUIS. Estoy en el gaban, tiíto.

FAUSTO. ¿Y has pagado esta cuenta?

LUIS. ¡Ay, no señor! no tengo corazon para eso.

JULIA. Papá la pagará.

FAUSTO. Sí, sí, yo me encargo de esto.

LUIS. Gracias, tiíto.

FAUSTO. Ea, pronto vuelvo.

JULIA. Que no se tarde usted: un beso...

LUIS. (El corazon quiere salírseme del pecho.)

ESCENA XI.

JULIA y LUIS.

LUIS. ¿Tienes miedo de quedarte sola conmigo?

JULIA. ¡Puede ser...!

LUIS. ¡Hola, hola! ¿Y en qué te fundas para decirme eso?

JULIA. Es un secreto.

LUIS. ¡Yá! comprendo: no te merezco confianza.

JULIA. Al contrario; cada vez más; pero...

LUIS. Me desprecias, ¿no es verdad? sé franca al ménos.

JULIA. ¿Yo despreciarte? ¿Yo despreciarte, cuando por tí...?

LUIS. ¿Qué... qué...?

JULIA. ¡Ay, no puedo!

LUIS. ¡Cielos! Eso quiere decir que todavía me amas; que tu corazon es mio; que no me has olvidado un solo instante.

JULIA. Pues bien, sí, te lo confieso; pero díme, ¿por qué me olvidaste?

LUIS. Qué quieres, Julia: el amor...

JULIA. ¡Ingrato! y jurabas que me querias.

LUIS. Y te lo repito ahora, Julia mia.

JULIA. ¿Y tu esposa?

LUIS. Mi esposa... está allá dentro.

JULIA. No digo eso.

LUIS. Sí, yá comprendo, lo otro: díme, primita mia, ¿qué padecimiento es el tuyo?

JULIA. No quieras saberlo.

LUIS. ¡Y aún dices que me amas!

JULIA. ¿Puedes dudarlo?

LUIS. Cuando así te reservas de mí...

JULIA. (¡Qué angustia!) Pues bien, escucha:

«Soñaba yó dichosa
con el más puro amor,
que franco me brindaba
tu amante corazon.
Mas desde que la ausencia
tal dicha interrumpió,
combaten á mi alma
las penas y el dolor.

LUIS. Hermosa prima mia,
del tiempo que pasó
acude á mi recuerdo
la plácida ilusion.
Tambien yó solitario,

pensando en nuestro amor,
mi ausencia maldecia
sumido en el dolor.

LOS DOS. Que cuando el alma adora
con férvida pasion,
sus sueños de ventura
los forma el puro amor.

JULIA. ¡Qué desgraciada soy!

LUIS. No te abandones al sentimiento, Julia mia: quizás hoy mismo devuelva la calma á tu espíritu.

JULIA. ¡Imposible, tu corazon es de otra!

LUIS. (¡Qué situacion!) *(Llaman.)* ¡Cáspita! yá está ahí mi tio: ahora sí que es preciso encomendarse á San Antonio: «Si buscas milagros, mira, muerte y horror desterrados...»

ESCENA XII.

DICHOS y TOMASA.

TOMASA. Querido Luis, dispénsame si he tardado; pero una amiga mia me entretuvo, y no tuve más remedio que escucharla: (he reflexionado sobre la crítica situacion de usted y me he decidido á desempeñar el papel que usted desea.)

LUIS. (¡Yá estoy aviado!)

JULIA. ¿Esta señora es tu esposa?

TOMASA. Servidora de usted: ¿quién es esta señorita?

LUIS. Esta señorita es mi prima Julia.

TOMASA. Celebro mucho conocerla. *(Á Luis.)* (Fingiré maneras muy ordinarias para que se vaya pronto.) ¿Y cómo se ha venido usted así, tan de improviso, sin advertirnos nada?

LUIS. Te diré: viene enferma, y ha sido una cosa pensada de pronto.

TOMASA. ¡Yá, yá! comprendo.

JULIA. (Pero Luis, ¿es posible que hayas tenido tan mal gusto?)

LUIS. ¿Qué quieres? los compromisos...

TOMASA. ¿Eh? ¿qué es eso de compromisos? Cuidado que yo no tolero frases de cierta naturaleza.

LUIS. (¡Calle usted, por Dios, señora!)

TOMASA. ¿Y por qué he de callar? ¿No estoy en mi casa? ¿No tengo derecho para pedir satisfacciones?

LUIS. Si usted no se modera, señora, voy á hacer una de pópulo bárbaro.

JULIA. ¡Ay, por Dios, Luis!

TOMASA. ¿Estás algo tonto, marido mio? ¿qué mosca te ha picado?¡

LUIS. Cuidado, señora, que no soy amigo de bromas. (Estoy en un potro.)

JULIA. (Por Dios, Luis; no vayas á armar un escándalo; yo te lo suplico.)

TOMASA. Señorita, siento mucho hacerla observar que me disgustan los cuchicheos; las cosas claritas, que así lo manda Dios y la Santa Madre Iglesia nos lo enseña.

LUIS. (¡Que el demonio no te llevára!) Señora: ¿quiere usted hacer el favor de no interrumpirnos?

TOMASA. ¡Pues buen papel he venido á representar! De ninguna manera, caballero; miéntras yo esté delante, la conversacion ha de ser general; y sepa usted que yá me voy amoscando.

LUIS. (Si de esta hecha no muero de un sofocon, merezco que me canonicen.)

JULIA. (Dios quiera que mi padre venga pronto; estoy corrida de vergüenza.)

LUIS. Señora, vamos á darla á usted gusto: se ha empeñado usted en que no hablemos ni una palabra, y obedecemos ciegamente. (*Llaman.*) ¡Ay! ¡ay! ¡ay! (*Dando un bote en la silla.*)

JULIA. ¿Qué tienes, qué te pasa?

TOMASA. ¡Ay, Jesus! ¿qué sucede?

LUIS. Nada, no es nada: un dolor nervioso en la columna vertebral: yá pasó. (*Llaman.*)

JULIA. Han llamado.

LUIS. (Por desgracia.) Voy, voy á abrir. («Si buscas milagros, mira, muerte y horror desterrados, miseria y demonio huidos...»)

ESCENA XIII.

DICHOS y FAUSTO.

FAUSTO. Vengo contentísimo: abrázame, hija mia; tú tambien, sobrino.

LUIS. Basta, tiíto, basta; que me ahoga usted.

FAUSTO. Necesito descansar... respirar... me falta el aire. (*Se sienta y abanica con el plumero.*)

JULIA. Pero papá, ¿qué ha sucedido?

FAUSTO. ¡Ay, hija de mi alma, qué sorpresa tan agradable! ¡Ay, sobrino de mi corazon, qué felicidad tan grande!

TOMASA. ¿Conque usted es el tio de mi esposo?

FAUSTO. ¿Cómo... qué...? usted es la... la...

TOMASA. Esposa de Luis, para servir á usted.

LUIS. («El peligro se retira, los pobres van remediados...»)

JULIA. (*Á Fausto.*) ¿Ha visto usted qué vejestorio?

FAUSTO. Esta sorpresa sí que es desagradable.

TOMASA. No puede usted figurarse cuánto deseaba conocerle.

FAUSTO. Muchas gracias: (¿estará loco mi sobrino?)

LUIS. (¿Por qué diablos se le habrá ocurrido á esta harpía venir á comprometerme?) Diga usted, tiíto, ¿encontró usted al médico en casa?

FAUSTO. No he tenido tiempo de ir allá: la sorpresa...

TOMASA. Es muy natural: tu tio hace tanto tiempo que no te habia visto.

LUIS. (¡Calle usted, por Dios, señora!)

FAUSTO. Díme, sobrino, ¿á qué hora sale el tren de la tarde?

LUIS. Á las cuatro: ¿por qué lo pregunta usted?

FAUSTO. Porque nos vamos hoy mismo.

LUIS. (Respiro.) ¡Cómo! ¿tan pronto?

FAUSTO. Cuanto más ántes, mejor.

JULIA. Sí, sí; yo tambien deseo volver al pueblo.

LUIS. Pero tio, por Dios; marcharse así tan de repente,

sin consultar los médicos, sin descansar lo preciso, sin...

FAUSTO. Todo se puede arreglar perfectamente; son las once ménos cuarto; ahora podemos ir á casa de Palacios para que reconozca á mi niña...

LUIS. ¡Ah! lo que es eso no lo consiento: de ninguna manera; ir á casa del médico es de malísimo tono: mi criado irá por él...

TOMASA. Pues es claro; para eso le pagamos.

FAUSTO. No le hace: de todos modos á esta niña le conviene dar un paseito.

LUIS. ¡Qué paseito ni qué ocho cuartos! ¿no ve usted que está fatigada del viaje?

TOMASA. ¡Pobrecilla! déjela usted, no vaya á empeorarse.

JULIA. Gracias, señora, me siento con fuerzas bastantes para ello: además, papá me dará el brazo.

LUIS. Se hará lo que ustedes quieran; pero al ménos que el médico te reconozca aquí: esto no podrá negárseme.

FAUSTO. Vaya, pues concedido.

LUIS. En ese caso, iré yo mismo á buscarle.

FAUSTO. No consiento, no consiento.

TOMASA. Mandarémos el criado.

LUIS. Al contrario; los criados dán el recado y se largan en seguida: como no les interesa...

JULIA. Es muy cierto.

LUIS. Presentándome yó, yá varía la cosa: el doctor Palacios es íntimo amigo mio y vendrá al instante.

FAUSTO. Pues vé por él y no te hagas esperar.

LUIS. ¡Oh! descuide usted, vuelvo en seguida. (Ahora sí que vá á ser ella: por de pronto echémonos fuera.)

ESCENA XIV.

JULIA, TOMASA y FAUSTO.

TOMASA. ¿Han visto ustedes qué listo?

FAUSTO. Demasiado listo (por desgracia).

JULIA. ¿Se quieren ustedes mucho?

TOMASA. Con delirio; todavía conservo las cartas que Luis me dirigia ántes de nuestro casamiento.

FAUSTO. ¿Serán muy cariñosas, eh?

TOMASA. ¿Á ver? Ni el mismo Hércules las pondria más primorosas. (Yá verás qué pronto te despacho.)

JULIA. ¡Qué disparate tan atroz!

FAUSTO. ¿Tiene usted la bondad de decirme qué Hércules es ese?

TOMASA. Le diré á usted: Hércules fué el novio que tuvo la Araucana cuando Ciceron, que era rey de Turquía, mandó construir la ciudad de Lóndres.

JULIA. ¡Qué barbaridad!

FAUSTO. ¿Qué me cuenta usted, señora?

TOMASA. Sí, señor: ¿no ve usted que sé al dedillo toda la Historia de España?

JULIA. ¡Ave María purísima!

FAUSTO. (¡Jesus! ¡Jesus! ¡Jesus! yá no me queda duda alguna que tanto mi sobrino como su mujer han perdido el juicio.)

TOMASA. Y aquí, donde usted me ve, soy literata.

FAUSTO. (¡No estás tú mala rata!)

JULIA. (No sé cómo me contengo.)

FAUSTO. ¡Calle! (*Tomando un papel de sobre la mesa.*) ¿Tambien á mi sobrino le ha dado por la música?

TOMASA. Sí, señor: solemos cantar juntos.

FAUSTO. ¿La palinodia?

TOMASA. Nó, señor: eso está yá muy antíguo: nosotros cantamos trozos de ópera.

FAUSTO. ¡Hola, hola! (algo daria por oirte): ¿Si usted tuviese la amabilidad de cantar alguna cosita...?

TOMASA. Con mucho gusto: déme usted el papel.

FAUSTO. Allá vá.

JULIA. (Estoy violenta.)

TOMASA. Cantaré esto del *Rigoletto*. (Así se irán más que de prisa.)

«Mirad la púlcrita,
jóven romántica,
la de ojos célicos

llenos de amor;
su seno túrgido
late con ímpetu,
bajo el indómito
fiero dolor.

FAUSTO. Esta tarántula
con sus chillidos
nuestros oidos
vá á desgarrar.

JULIA. Yo estoy incómoda,
quiero marcharme,
quiero ausentarme,
de este lugar.

TOMASA. Estoy yá trémula
con tal percance,
mal de este lance
voy escapar.

JULIA. }
FAUSTO. } ¡Já, já, já, já!
es imposible
más aguantar.»

FAUSTO. Gracias, mil gracias; canta usted divinamente.

TOMASA. No merezco tal favor: (yá Luis se tarda y estoy temblando de miedo.)

FAUSTO. (¡Valiente lagarto!)

TOMASA. ¿Y usted no canta? *(Á Fausto.)*

FAUSTO. ¡Ay, nó, señora! sólo sé tocar.

TOMASA. ¿El piano?

FAUSTO. Nó, señora; no conozco más que dos instrumentos: uno de cuerda y otro de viento.

TOMASA. El violin y el clarinete, ¿verdad?

FAUSTO. Cerca le anda usted.

JULIA. (¡Qué curiosa!)

TOMASA. ¡Yá! el arpa y el trombon.

FAUSTO. Tampoco son esos.

TOMASA. No adivino...

FAUSTO. Pues señora, los instrumentos que yo manejo son el fuelle y la campana.

TOMASA. ¡Qué rareza!

JULIA. (¡Chúpate esa!)

TOMASA. ¿Y usted, señorita?

JULIA. ¡Ay! nó señora.

FAUSTO. No ha aprendido la música: únicamente toca un poquito la guitarra.

TOMASA. ¿De véras?

JULIA. Aficion... y nada más. (Por Dios, papá; mire usted que no tengo humor para tocar ahora.)

TOMASA. Pues con el permiso de ustedes voy á ver si está en aquel gabinete la guitarra de Luis.

JULIA. Usted me dispensará, señora, pero estoy enferma, y...

TOMASA. Nada, nó señora, que no es molestia ninguna para mí.

JULIA. ¡Si no digo eso!

TOMASA. ¿Qué es esto? *(Deteniéndose delante de la habitacion.)* ¿Una mujer aquí?

FAUSTO. ¿Eh?

JULIA. ¡Ah!

TOMASA. ¿Quién es usted? ¿Qué hace usted ahí?

ESCENA XV.

DICHOS y MERCEDES.

MERC. Yo soy la esposa de Luis.

FAUSTO. ¿Cómo se entiende?

TOMASA. ¿Qué está usted diciendo?

MERC. La verdad: ¿y usted quién es para dirigirme esas preguntas?

TOMASA. La dueña de esta casa; la verdadera esposa de Luis; la que no consiente en manera alguna que usted se apropie un título que no la pertenece.

JULIA. ¡Ay, papá, qué vergüenza!

FAUSTO. Pero señor, ¿en qué quedamos? ¿Quién es la mujer de mi sobrino?

MERC. ¡Ah! ¿usted es el tio de mi esposo?

FAUSTO. ¿Pues cuántas mujeres tiene ese condenado?

TOMASA. Una no más, y esa soy yó.

MERC. Usted es una entremetida á quien nadie conoce, y que viene á introducir el desórden en mi casa.

TOMASA. (En buen lío me he metido.) Señora, usted me insulta.

FAUSTO. Poco á poco, señoras mias; que nos entendamos.

MERC. *(Á Tomasa.)* Salga usted de aquí.

TOMASA. ¡Esta mujer está loca!

MERC. La loca es usted, vieja hipócrita, que ha sorprendido la buena fé de estos señores.

TOMASA. ¡Ay! ¡ay! á mí me vá á dar algo...

FAUSTO. ¡Rayos y truenos! ¿Qué laberinto es este?

JULIA. Papá, vámonos. (¡Yo estoy volada!)

FAUSTO. Aguarda un instante, hija mia, y nos irémos al momento. Vamos á ver: ¿está usted segura *(á Tomasa)* de que es mujer de mi sobrino?

TOMASA. Sí señor.

FAUSTO. ¿Y usted, señora?

MERC. Yá usted lo ha oido.

FAUSTO. Necesito que lo prueben ustedes.

(Hablando á un tiempo las dos.)

TOMASA.

Yo soy la primera que me presto á ello, y no tengo inconveniente en contarle á usted de pé á pá todo lo que usted exija, que tendré gusto en hacerlo así.

MERCEDES.

Se las daré á usted tan evidentes, que ni por un momento podrá usted dudar de la buena fé con que las presente y quedará convencido de la justicia que me asiste.

FAUSTO. ¡Chtz! ¡silencio! ¡Jesús! ¡qué orquesta! me van á volver loco. *(Llaman.)* ¡Ah! yá está ahí ese perillan; ahora verémos quién tiene razon.

ESCENA XVI.

DICHOS y JOSÉ (vestido de mujer).

FAUSTO. ¿Qué es esto? ¿Otra mujer?

JOSÉ. Servidora de ustedes: ¿y mi marido?

FAUSTO. ¿Qué marido?

JOSÉ. ¿Acaso tengo yó más de uno? ¡vaya! tendria que ver.

TOMASA. (¡Cómo se parece al criado de Luis!)

FAUSTO. Pero ¿cómo se llama el marido de usted?

JOSÉ. Luis, para servir á usted.

FAUSTO. ¿Está usted segura?

JOSÉ. ¡Pues no sé!

FAUSTO. Pero, señor, ¿qué lio es éste? Yo estoy aturdido: ¡tres mujeres! ¡nada ménos que tres mujeres! ¡ah malvado!

MERC. (Esta cara no me es desconocida.)

JOSÉ. Oiga usted, caballero, aquí no hay más mujeres de Luis que yó: ¿estamos?

MERC. }
TOMASA. } Y yó.

JOSÉ. (¡Carape! en buena danza me he metido: ¡ay! cómo me miran.)

FAUSTO. ¡Jesus! ¡Jesus! ¡Jesus! *(Santiguándose.)*

JULIA. ¡Ay, papá, qué bochorno!

MERC. (No hay duda; es su criado.) Esta mujer es una falsaria.

TOMASA. Una solemne embustera.

JOSÉ. (¡Ay! me conocen: el rubor me ahoga.)

«Estoy perdido,
no sé qué hacer
si aquí me llegan
á conocer.
¡Ay, Dios! mis piernas
temblando están,
miéntras sudores
vienen y ván.
¡Ay, Dios! si llegan
á comprender
que soy un hombre,
no una mujer.

JULIA. }
FAUSTO. } Aquí un tiberio
vá á suceder

con este enredo
de Lucifer.
Huyamos pronto
de tal harém,
yá estoy ansiando
verme en el tren.

MERC.
TOMASA. } Vano es tu empeño, (*á José*)
vano tu afan;
te conocemos,
pelafustán.

MERC.
TOMASA.
JULIA.
FAUSTO. } Si así el engaño
quieres traer,
por más que digas
no puede ser.
Con esa farsa
no vienes bien,
pues te darémos
un somatén.

JOSÉ. La saracita (*bailando*)
y el tulipan,
que con sus vueltas
mareos dán.
La saracita
y el *tulipen*,
que dán mareos
con su vaiven.»

FAUSTO. ¡Esto es un infierno! Estamos en Marruecos: (*llaman*) ¿eh? ¿otra mujer? Vámonos, Julia.

JULIA. Sí, papá, yo no estoy bien aquí.

TOMASA. ¿Cómo se entiende? ¿Adónde ván ustedes? Nadie sale de aquí interin no venga mi marido.

MERC. Yo digo lo mismo.

JOSÉ. Quieto aquí todo el mundo. (¡Carape! yá las *tiemblas* me *piernan*.)

FAUSTO. ¿Qué están ustedes diciendo? ¿Se pretende acaso constituirme en prision violenta?

TOMASA. MERC. JOSÉ. } Sí señor.

FAUSTO. ¿Á mí?

MERC. TOMASA. JOSÉ. } Sí señor, á usted.

FAUSTO. ¿Sí, eh? Pues ahora verán ustedes para qué se cria el acebuche en el monte. (*Levantando el baston.*)

JULIA. ¡Ay, papá, por Dios!

TOMASA. MERC. JOSÉ. } ¡Socorro, socorro!

ESCENA XVII.

DICHOS y LUIS: despues FEDERICO y ANTONIO.

LUIS. ¿Qué sucede aquí?

FAUSTO. Vén acá, infame; tú tienes la culpa de todo esto.

LUIS. Pero, tiíto...

FAUSTO. No pronuncies ese nombre, que me deshonras: yá no te conozco; adios!

LUIS. Pero, señor...

FAUSTO. No me dirijas la palabra; es un pecado enorme tratar con musulmanes como tú.

LUIS. ¡Yo musulman!

FAUSTO. ¡Qué horror! casado con un triunvirato.

LUIS. Yá comprendo la inquietud de usted: me ha calificado usted injustamente, tiíto.

FAUSTO. Apártate de mi vista, prosélito de Salomon.

JULIA. (¡Pobre de mí!)

FEDER. (*Entrando.*) Dios guarde á ustedes: siento en el alma interrumpirles, pero estaba inquieto no sabiendo de mi mujer.

FAUSTO. ¿De su mujer?

LUIS. Este caballero, que es mi amigo, viene en busca de esta señora, que es su esposa.

FEDER. Estoy á las órdenes de usted, señor mio.

FAUSTO. ¿Estaré soñando?

JULIA. ¿Qué líos son estos?

LUIS. No te apures; ahora lo verás.

ANT. (*Entrando.*) Yá me tienen ustedes de vuelta: saludo á ustedes, señores.

LUIS. Este caballero es el esposo de esta señora.

ANT. Antonio Ramirez, maestro sastre, para lo que usted guste *vestir*.

FAUSTO. ¡Qué escucho! ¿De modo que esta señora (*por José*) es tu esposa?

LUIS. ¡Cá! nó señor.

JOSÉ. (¡Yo me ruborizo!)

FAUSTO. Entónces...

LUIS. Acércate (*á José*), y preséntate á mi señor tio.

JOSÉ. Con mil amores. (*Se desnuda.*) (*)

FAUSTO. ¡Qué veo! un hombre.

JOSÉ. Pepito Pizpileto, criado de usted.

JULIA. ¿Y entónces tu mujer...?

LUIS. Perdonadme; nunca la he tenido: la falta de dinero es la que me obligó á inventar este ardid. Y á propósito, ¿tiene usted ahí doscientos reales?

FAUSTO. Doscientos palos merecias por el rato que me has dado: ahí ván dos monedillas de diez escudos.

JOSÉ. ¡Quién tuviera un saquito!

LUIS. Maestro, tome usted; quedamos en paz.

MERC. Y la docenita de camisas, ¿puedo hacerlas desde luégo?

LUIS. Si mi tio no lo lleva á mal...

FAUSTO. Hombre, qué modo de gastar: ¿con media docena no tienes suficiente?

LUIS. Ciertamente; ¡pero como voy á casarme!

FAUSTO. ¿Con la Giralda?

LUIS. Nó señor: con mi linda primita.

(*) El actor debe quedar en el traje de la ESCENA I.

FAUSTO. No lo consiento; está enferma, está...

JULIA. ¡Papá! si yá estoy completamente restablecida.

FAUSTO. ¿Pero... y la consulta?

LUIS. Yá no tiene efecto: Julia padecia el mal de la ausencia.

FAUSTO. Siendo así, concedido.

JULIA. Papá, díganos usted la sorpresa tan agradable que tuvo ántes.

FAUSTO. ¡Ah, es verdad! yá se me olvidaba: pues han de saber ustedes que cuando iba para casa del doctor Palacios, me detuve delante de la Administracion de loterías, y, repasando la lista, ví que este billete está premiado con cinco mil duros, los mismos, hija mia, que destino para tu dote.

JULIA. }
LUIS. } ¡Papá! ¡papá! (*abrazándolo.*)

FAUSTO. Basta, bueno; basta de caricias.

TOMASA. }
MERC. }
FEDER. } «Nosotros esperamos
ANT. }
JOSÉ. }

de su mucha bondad
nos perdone la causa
de su incomodidad.

FAUSTO. Señores, yo no puedo
tal súplica atender,
el público es quien sólo
la puede conceder.

TODOS. Entónces te rogamos (*al público*)
de todo corazon,
benigno nos concedas
á todos el perdon.

(*Cae el telon.*)